



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD N.º 14,
BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazabal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfonso.



DON TEODORO RADA (RADICA)

RECUERDOS MILITARES

I. Radica y su Batallón.—II. Montejurra y Velabieta.—

III. La hecatombe de Somorrostro.

I

AUN me parece estarle viendo á la cabeza de su bizarro 2.º Batallón de Navarra, caballero en sufrido toro, llevando á su izquierda á su compañero y amigo Calderón! Corrían los primeros días del mes de Septiembre de 1873. Yo no le conocía entonces. Tres habían transcurrido desde que había yo traspuesto la frontera, en unión de otros Jefes y oficiales de Artillería, é ibamos todos en demanda del Cuartel Real para ponernos incondicionalmente á las órdenes del Representante de la idea católica y monárquica, que nos dijeron hallarse en Vergara. Cruzamos la frontera por Vera y allí nos encontramos al Marqués de las Hormazas, sobrino del antiguo y leal D. Joaquín Elío, organizando el 5.º de Navarra. Al día siguiente conocimos á D. Ramón Argonz, 2.º Comandante General de la misma Provincia, á Zalduendo, Capitán que fué de Guías de Zumalacárreguí, y al otro vimos por vez primera al valiente y entendido D. Nicolás Ollo. Ibamos, pues, de emoción en emoción.

Los periódicos nos habían relatado tantas veces las hazañas de unos y de otros, que teníamos vehementísimos deseos de apreciar de cerca los hechos de tantos bravos, así es que al divisar en la confluencia de las carreteras de Segura y Cegama al 2.º Batallón navarro, haciame todo ojos para trabar conocimiento con Radica. Presentados á él, no tardamos en estrechar su honrada mano con toda la efusión de verdaderos camaradas, á quienes amparaba la misma bandera, y acto seguido con cordial franqueza, nos invitó á que le acompañáramos á la mesa al llegar á Segura.

Aun se nos acuerda y asoman las lágrimas á nuestros ojos, al recordar aquella interesante velada. Era Radica hombre de una cincuentena de años escasa, pero con todo el vigor y la energía de los treinta. Su

corta estatura, (tendría cinco pies y una pulgada) le había valido el diminutivo de su apellido: sus ojos eran vivos y penetrantes, pero de una dulzura tal que predisponían á su favor. Membrudo y franco, como buen navarro, era el tipo más acabado del guerrillero de las montañas: como él debieron ser Merino y el Empecinado. Sus rasgos más característicos consistían en un valor rayano en lo temerario y una modestia exagerada.

Como no había sido militar, en los consejos y en las reuniones que de la guerra trataban, oía y callaba, no dando á conocer su parecer sino cuando escuchaba el de los demás. Su descanso en los alojamientos era la continua lectura de libros militares y sobre todo la táctica del Marqués del Duero, así es que su Batallón estaba tan organizado como el mejor de los contrarios: era un perfecto Coronel de Infantería, en toda la extensión de la palabra.

Aquella noche, pues, nos dió cuenta con frase sencilla de las últimas operaciones de la división de que formaba parte: venían de limpiar de liberales la frontera (palabras textuales) dejándola libre por completo, con la ocupación de Valcarlos y Orbaiceta, no sin antes caer sobre las guarniciones de Aoiz, Lumbier y Sangüesa, que vencidas por los carlistas, hubieron de entregarles más de 400 fusiles. Este era el botín máspreciado entonces. A las bandas desarmadas, que por estarlo fueron arrolladas en Oroquieta, había sucedido la compra é introducción de armas por los Pirineos; pero como éstas no eran suficientes para el considerable número de voluntarios carlistas que se presentaban, no había más remedio que quitárselas á los republicanos, empezando por los Voluntarios de la libertad, y más adelante á los destacamentos del ejército.

Rada había entrado por la frontera en unión de Ollo y Pérula con 27 hombres nada más á fines de 1872: en los primeros días de Septiembre del año siguiente se hallaban organizados y armados por completo cuatro Batallones y un Escuadrón, aquellos de 900 á 1000 plazas, si bien el

armamento era de tan varios sistemas, como diferentes eran las fuerzas que iban sucesivamente pasando á poder de los carlistas (1). Desde aquella fecha, podían éstos ostentar en sus banderas los nombres de Azpeitia, Estella, Deva, Vergara, Monreal, Viana, Erául, Allo y Dicastillo.

En todos los encuentros, toma de fuertes y plazas enemigas, habíase distinguido siempre Radica, y su nombre despertaba el mayor entusiasmo en los Batallones todos. El desaliento en apurados trances era contenido tan sólo con su llegada.

Tan identificados estaban los Jefes, es decir, Rada y Calderón, con sus voluntarios, que puede decirse se completaban mutuamente: el primero creador y organizador de él, conocía á todos por sus nombres y sabía los pueblos de donde procedían; el segundo haciendo por ellos todo género de sacrificios, incluso los de su vida y descanso, cambiando la monótona vida de Ayudante, con que le brindaba Don Carlos, por el de 2.º Jefe de un Batallón cuya movilidad y dotes militares eran sin cuento, dicho se está que no podían hacer la guerra separados los unos de los otros.

Había, si se quiere, otra razón de más peso. La muy ilustre y bondadosa madre de Calderón, éralo también del Batallón de su hijo, en términos de privarse de las naturales comodidades de su sexo, para asistir á los oficiales y voluntarios de los Hospitales, ayudando poderosamente con su fortuna y más que nada con su presencia á curar dolencias, á endulzar penas, á dotarles de uniformes, de abrigo y de todo cuanto pudiera mitigar la vida azarosa de campaña; formaba el todo una cadena tan indisoluble por el sacrificio y el cariño mutuo, que á riesgo de parecer pesados, no se nos ocurre más que repetir nuestra frase anterior: Rada, Calderón y sus voluntarios, no eran más que una sola y grande idea, encerrada en los 900 ó 1000 hombres del 2.º de Navarra.

(1) El primer batallón fué organizado por Ollo en persona, habiendo pasado después al del comandante Rodríguez; el tercero por Lerga y Montoya y el cuarto por Goñi. La caballería lo fué por Pérula y Ortigosa.

Tuvimos ocasión de comprobar cuanto llevamos expuesto en diferentes ocasiones, especialmente en Montejurra, Velabieta y otras, y aunque sea someramente, hablaremos de estos encuentros.

II

Ocupaba Rada con su Batallón el pueblo de Barbarin, que como en el croquis puede verse, era la vanguardia de las posiciones carlistas el 7 de Noviembre de 1873. El resto de los navarros, ó sean el 1.º, 3.º y 4.º se acantonaban en Luquin y Urbiola, con dos alaveses y un vizcaíno, así como el 5.º de Navarra en el pueblo de Villamayor, extremo de la derecha carlista, al pie de Monjardín.

No bien desembocaron las fuerzas del General republicano Moriones por la garganta de Cogullo, en la carretera de los Arcos á Estella, rompieron sobre ellas el fuego las fuerzas de la izquierda carlista, mandadas por su general Ollo, bajando al efecto desde Arróniz. Dos piezas de montaña al mando del Capitán Reyero y Teniente Llorens, apoyaban las posiciones delante de Barabrin con sin igual bizarría, no retirándose de sus puestos hasta disparar el último cartucho y cuando los enemigos entraban á la bayoneta por las calles del pueblo, y sin más tiempo que el preciso para retirar á brazo sus cañones.

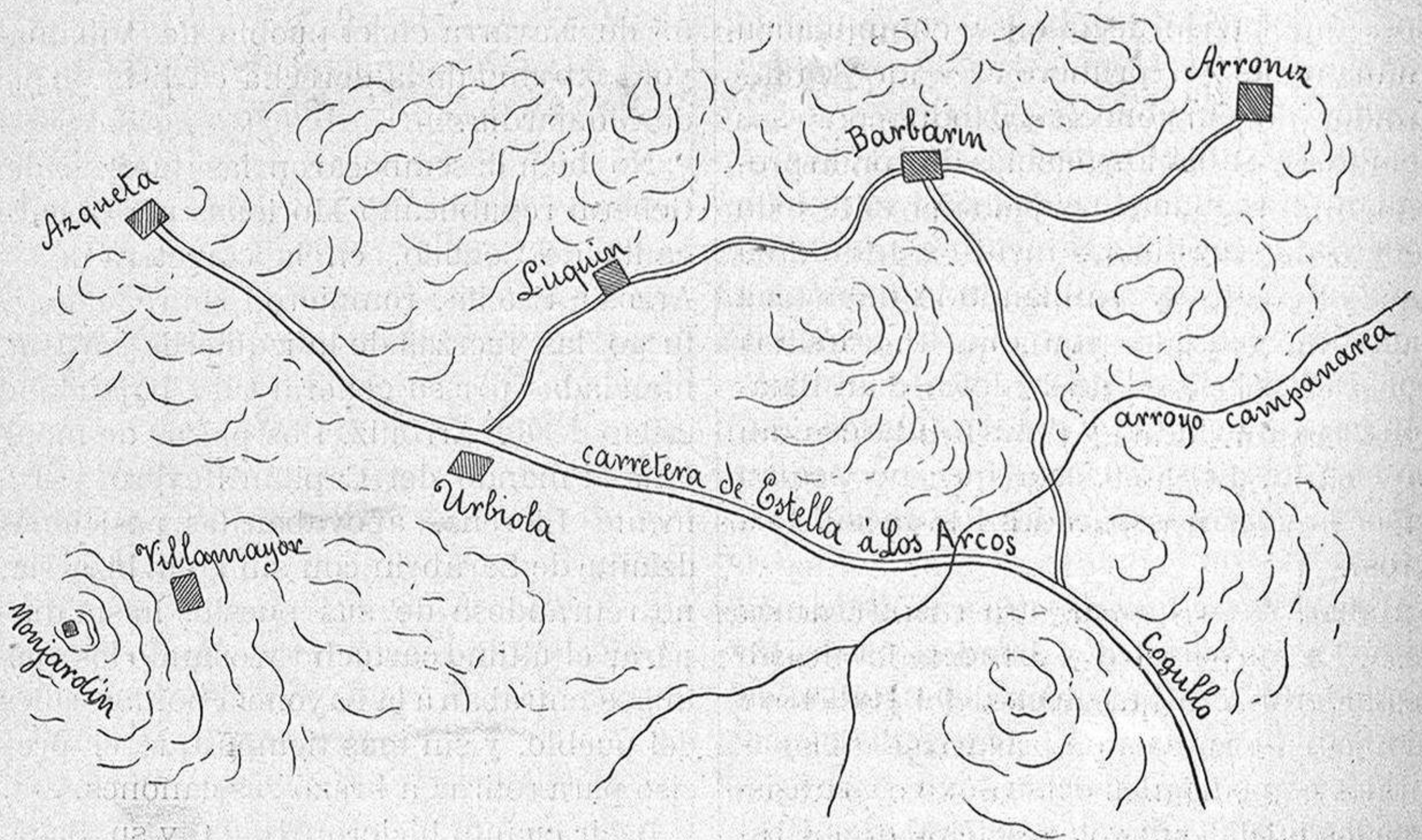
Decir cuanto hicieron Rada y su Batallón, para contener el empuje de las fuerzas republicanas, que con impavidez suma (lo decimos con severa imparcialidad), subían á tomar los pueblos carlistas, no es para referido. Baste decir, que si al fin lo consiguieron, debióse al mayor número de los contrarios: Moriones no traía menos de 12,000 hombres, 1,000 caballos y 22 cañones (1), por cierto que la caballería republicana recibió á pie firme con imperturbable serenidad, los disparos del Capitán Reyero (que consignamos con gusto, en prueba de imparcialidad). Los carlistas que entraron en fuego no pasaban de 6,000. La pelea duró desde las ocho de la

(1) Narración de la Guerra Civil, pág. 274, tomo 3.º

mañana hasta las tres de la tarde, y en este largo espacio de tiempo, el enemigo no pudo rebasar Urbiola, á pesar de haberlo intentado contra Villamayor, ni en aquel día ni en los dos siguientes. Rada y Calderón, mientras tanto, contuvieron el arrojido enemigo, uno á la izquierda y otro á la derecha de su Batallón, enrojeciéndose varias veces las bayonetas carlistas, porque como de costumbre, había que economizar municiones. Las bajas fueron numerosas en ambas partes, pues los carlistas esperaron fuera de los pueblos, y al

descubierto, las primeras acometidas de los republicanos, retirándose palmo á palmo, y ocupando al caer la tarde nuevas y más fuertes posiciones sobre los pueblos conquistados.

El combate se renovó los días 8 y 9, aunque con menor encarnizamiento, y por último el enemigo retiróse de noche, no sin ser hostilizado por el 2.º de Navarra, encargado también de esta operación. Urbiola quedó convertido en hospital de sangre y al ocuparlo el día 9 los carlistas, no había casa libre de heridos. Las bajas,



según la referida narración oficial de la Guerra, fueron entre los republicanos, de 64 Jefes y oficiales y 571 soldados muertos, heridos y contusos: las de los carlistas pasaron de 200.

El empeño de Velabieta fué más rudo y sangriento que el anterior y en él tomó principalísima parte Radica.

Sabido es que el General republicano Moriones se proponía levantar el bloqueo de Tolosa; sabido, es también, que lo consiguió, ¡pero á costa de cuántos sacrificios! Fué el primero, sus numerosas bajas, que pasaron de 1,000, y el segundo

haber de embarcarse para Santander por encontrar cerrados todos los caminos por los carlistas, en su retirada. Pero vengamos á la batalla.

La línea carlista que había de forzarse, estaba dividida en dos por la carretera de Tolosa, á la altura de Villabona: los Batallones del General realista Lizárraga, ocupaban la izquierda, y los del General Ollola de la derecha. El enemigo se dividió también, tocándole al General republicano Loma habérselas con las fuerzas guipuzcoanas, y á Catalán, Blanco y Padiál con los navarros. Estos se componían de los batallones 2.º, 3.º y 5.º, con cuatro pie-



FAMILIA BARCENILLA (Véase el episodio del presente número)

zas de montaña, que ocupaban desde el amanecer los altos de Velabieta, los cuales habían atrincherado días antes los guipuzcoanos, aunque imperfectamente.

Situados, pues, los carlistas en estas formidables posiciones, pudieron desafiar hasta que se hizo de noche el impondera-

ble arrojo de los republicanos. Únicamente recordamos otro ataque parecido, llevado á cabo con el mismo singular encarnizamiento por ambas partes, en San Pedro Abanto (1).

(1) Volvemos á consignar el valor impávido de nuestros enemigos, en prueba de estricta justicia.

Rada y Calderón cargaron tres veces á la bayoneta: Lerga, Montoya y Hormazas, dos. El segundo perdió su caballo en la refriega, y el primero tuvo que cambiar de espada tres veces, rota de un balazo la suya y hechas pedazos las otras al acuchillar á los enemigos. Por cierto que al caer muerto el caballo de Calderón al volver de una de las cargas, había necesidad de subir una empinada pendiente á pie, y no sintiéndose con fuerzas para hacerlo, se sentó al comienzo del monte, resignándose á ser muerto ó hecho prisionero. Pero tres gastadores de su Batallón que le vieron en tan apurado trance, le subieron á la cima poco menos que en volandas.

Otra prueba de lo empeñado del combate, fué que un Jefe de artillería que dirigía los disparos de uno de los cañones navarros, en el encarnizamiento de la lucha, no vió que había quedado sólo con un Sargento sirviendo la pieza, hasta que su General le mandó retirar bruscamente de su punto. Entonces se fijó en que estaban por tierra todos los artilleros de la pieza, hecha excepción del Sargento, cuyo nombre era Gorricho, que demostró en aquel trance una serenidad pasmosa.

Hubo instantes de indecisión, como si el horror embargara el ánimo de todos (1); la artillería carlista hizo acertados disparos, y la lucha fué, por demás, porfiada. Los disparos que se hicieron fueron en tal número, que en los días siguientes se recogieron por los carlistas más de 10 carros de vainas de cartuchos para ser recargados.

III

Rada era ya Brigadier desde la toma de Portugaleta, en que tanto se había distinguido.

Estamos para terminar.

Hace más de 15 años que ocurrió el suceso que vamos á narrar y todavía la pena está tan viva en nosotros como entonces.

Habíanse ya librado las dos primeras acometidas del ejército liberal á las posi-

ciones atrincheradas de los carlistas en Somorrostro. A pesar de la bravura de los liberales, hubieron de replegarse maltrechos y destrozados ante los disciplinados y aguerridos Batallones que el General carlista Olo había dirigido el 25 de Febrero en ausencia de Dorregaray y luego por éste en los días 25, 26 y 27 de Marzo. Las bajas fueron tan sensibles y numerosas en las fuerzas del General Moriones, que éste pidió por telégrafo su relevo, á la vez que nuevos combatientes y mayor número de cañones.

El tiempo había estado desapacible hasta el 28, pero el 29 amaneció despejado y espléndido.

Los centinelas de ambos campos se contemplaban desde lejos, y la naturaleza toda convidaba á salirse de los acantonamientos y trincheras para gozar de día tan hermoso.

Entre los muchos carlistas que así lo verificaron, se encontraban el veterano don Joaquín Elio, Dorregaray, Olo, Mendiri, Radica, el auditor Escudero y Torrecilla. Paseaban, pues, por entre sus voluntarios no sin estudiar de paso las posiciones enemigas con auxilio de los anteojos. En esto llegó un ayudante, el cual saludó al General en Jefe carlista y le entregó un oficio, que el septuagenario Elio se puso á leer, algo separado del grupo donde habían quedado los demás: á los pocos momentos llamó aquel á Dorregaray y á Mendiri, quedando por tanto separados, Olo, Radica, Escudero y Torrecilla.

De pronto rompe el silencio, atronador disparo de uno de los cañones con que el enemigo coronaba las cumbres del Montaña, y rápidamente se sintió aproximar la granada, tan cerca que nadie dudó venía dirigida al grupo. Así fué: casi al mismo tiempo, la granada estalló sobre uno de los muslos del valiente Comandante General de Navarra, tendiéndole instantáneamente en tierra: uno de los cascotes cortó la yugular al Auditor, otro alcanzó á Radica muy cerca del vientre, y el otro hirió levemente á Torrecilla.

Todo esto aconteció con tal rapidez, que al aperebirse de la catástrofe, al ver los

(1) Véase Pirala, tomo 4.º, págs. 591 y 592.

voluntarios por tierra á dos de sus más queridos Jefes corrian á las armas, formándose instantáneamente los Batallones navarros en demanda del combate y apellidando venganza para sus desgraciados Generales.

Excusado es decir lo conmovido que estaría el anciano D. Joaquín Elío, al ver heridos y quizás muertos á sus paisanos Ollo y Rada. Sin embargo, él solo, haciéndose superior á su acerba pena, tomó la palabra, arengó á los navarros y concluyó por ofrecerse á ellos como su Comandante General, descendiendo del elevado puesto que ocupaba en las huestes carlistas. Sólo él, tuvo bastante popularidad y energía para contener el profundo dolor de los voluntarios y la impetuosidad con que querían marchar contra el enemigo, evitando quizás á ellos y al ejército mayores quebrantos.

Sabido es lo demás. El auditor Escudero murió en breve de la hemorragia de su herida; Ollo, el infatigable General y guerrillero, murió aquella noche y Radica fué conducido al hospital de Santurce. Allí salió á recibirle anegada en llanto su amiga la ilustre y caritativa madre de Calderón, y al estrechar conmovida la mano del camarada de su hijo, dijole Radica que sería la última herida que tendría que curarle. Desgraciadamente, así se verificó. A los dos días había dejado de existir.

Hemos terminado. Las brisas del Cantábrico bañan la tumba del arrojado y bravo caudillo de los navarros, dejando su querido Batallón al mando de su digno sucesor y amigo Calderón.

Séale la tierra ligera.

Madrid, 15 de Noviembre de 1889.

ANTONIO BREA

LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

IV

No creemos habernos dejado arrastrar por un pesimismo injustificado, en el trazado del cuadro que acabamos de bosquejar. Ni aun siquiera hemos recargado, para producir mayor efecto, las tintas sombrías con que á nuestra imaginación se ofrece el espectáculo de la realidad en el día luctuoso en que el suelo de la

Patria volviera á ser hollado por el extranjero. Si espíritus más optimistas podrán acaso no participar de estos temores, ya que las cosas, lo concedemos, no habrían forzosamente de pasar como las hemos supuesto, tampoco se puede negar con fundamento racional su verosimilitud; y aun ha de tenerse en cuenta que la fortuna, en la guerra, se complace casi siempre en aunar las mil causas fortuitas que en ella existen y se escapan á la más exquisita previsión, contra el que inhábil ó indolente no ha sabido hacerse acreedor á sus favores.

Bien merece, pues, el asunto que nos ocupa fijar la atención de los militares estudiosos y de propósitos levantados, que elevando su mirada por encima del bajo nivel del terreno donde se discuten pequeñas cuestiones movidas por la pasión egoísta, sólo la detengan en la alta región en que culminan los sagrados intereses del país que son también los verdaderos del ejército en su noble concepto de salvaguardia de la honra y la integridad de aquél. Para el cabal desempeño de esta última misión es indispensable el concurso de todos, no ya únicamente por el cumplimiento ineludible de los deberes elementales de la profesión, sino que también por el del no menos importante, aunque sólo moralmente obligue, que exige el empleo constante de los esfuerzos de cada uno, según la medida de sus facultades, en el mejoramiento del organismo militar, que tan distante se halla todavía, por desgracia, en España, de alcanzar ni aun relativamente el grado de perfección á que ha llegado en otros países; y por eso, aun con conciencia de nuestra falta de autoridad, hemos tomado á cargo el señalar las grandes deficiencias á que nos venimos refiriendo en la organización actual del ejército, así como los medios de subsanarlas, por si juzgándolos acertados fueran tomados en consideración por quien pueda influir en su adopción, ó servir al menos para que, advertida la necesidad del remedio, se aplique el más conveniente.

Por fortuna, el Real decreto sobre organización de las reservas que apareció tiempo atrás en la *Gaceta*, ha venido ya á corregir en parte el defecto capital de la disgregación de los Cuerpos activos respecto á sus zonas de reclutamiento, acerca del cual tanto hemos insistido, por ser el íntimo enlace entre unos y otros, como la clave de todas las organizaciones modernas. Falta bastante, sin embargo, para llegar á obtener todo lo deseable en ese concepto, pues aun resultan más de la mitad de aquellos, nutriéndose fuera de los distritos en que se encuentran, y esto, á pesar de que en el estado establecido por dicha disposición no aparece suficientemente atendida una de las principales exigencias que contrarían en España la localización de las tropas en las regiones donde se reclutan, cual es la de no dar pábulo y medios de acción á todo evento, al amor, al regionalismo de algunas porciones del territorio, como Cataluña, que es precisamente uno de los pocos distritos cuya guarnición formará un verdadero ejército provincial. Mas aun con todo esto, como la perfección en ese punto es poco menos que imposible de alcanzar, porque se oponen á ello, además de lo dicho, la

desigual densidad de la población en nuestro país y la necesidad de sostener guarniciones numerosas en algunos puntos, así como la de respetar en general, por razones varias, la distribución actual de las fuer-

zas, quien conozca todas las dificultades que se originan al tratar de conciliar condiciones tan contradictorias, no puede dejar de considerar como un progreso el nuevo estado de cosas, siquiera haya de producir



PALACIO LOREDÁN.—Altar del Oratorio

temporalmente el mal de hacer depender á una gran parte de los soldados de la reserva activa, de Cuerpos distintos de los en que sirvieron.

En un proyecto de organización, formulado por el que esto escribe y que vió la luz en 1885 en las columnas de la *Revista Militar Española*, se obtenía una solución mejor para la rápida movilización de las fuer-

zas de primera línea, que es el punto de vista que estamos considerando, porque respetándose también en él cuanto es posible hacerlo, la repartición que hoy tiene el ejército sobre el territorio y satisfaciendo escrupulosamente las demás exigencias de que hemos hecho mención, se llegaba á no reclutar fuera del distrito ó región de su residencia más que 56 batallones

de los 140 del Arma de Infantería, y esos sacaban todos sus soldados de las partes más próximas de las regiones inmediatas, pudiendo reclutarse dentro de las

mismas que ocupaban las unidades de las demás Armas; si bien añadiremos, en prueba de imparcialidad, que la circunstancia de no dividirse la Península en



PALACIO LOREDÁN.— Pintura en una de las paredes del Oratorio

aquel proyecto más que en ocho regiones, facilitaba la consecución de tal resultado más que la división actual de la misma en 12 distritos, con la gran desigualdad que entre ellos existe en importancia y en población.

La estrecha relación que media entre todas las cuestiones militares y muy particularmente entre las gene-

rales de organización y las que se refieren á la defensa del país, pues no otra cosa que ésta, ó cuando menos su primer acto, es la defensa de las fronteras, nos ha conducido á tratar aquellas con aparente desvío de este nuestro tema; si bien hemos cuidado de tocarlas solamente en los puntos que hacen relación al objeto que nos proponemos. Con éste se halla también inti-

mamente ligado todo lo concerniente al sistema de nuestras comunicaciones, así férreas como ordinarias, por cuanto proporcionan los medios de reunir y llevar las fuerzas á los puntos donde su presencia sea necesaria, á la vez que influyen poderosamente sobre la determinación de esos mismos puntos ; pero ya hemos dicho que no es nuestro ánimo el ocuparnos ahora en el examen detenido de tales asuntos.

Por el momento, y para terminar, sólo diremos que aparte del gran valor militar que encierran todos los ferrocarriles existentes en el territorio fronterizo, cuya enumeración creemos ociosa por sobrado conocida, y de las muchas ventajas que á cambio de inconvenientes posibles reportará á nuestra aptitud para la defensa la construcción de los de Canfranc y el Noguera-Pallaresa, se impone la necesidad de llevar á vías de hecho el proyecto de línea de Pasajes á Jaca por Pamplona, la cual, continuada hasta enlazar en Monzón, ó mejor hacia Calaf ó Manresa, con la vía radial de Madrid á Francia por Zaragoza y Barcelona, aunque acaso no fuera ese el mejor trazado, formaría una importantísima línea paralela ó de maniobra, mucho más corta que la actual de Alsásua-Pamplona-Castejón-Zaragoza-Barcelona, mejorando notablemente las condiciones defensivas del país y permitiendo contrabalancear el influjo de la línea similar francesa de Bayona á Perpiñan, á la que ya hemos hecho referencia.

FRANCISCO LARREA

BOCETOS MILITARES

EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR

El mando y la ejecución mutuamente auxiliados en todo, constituyen la base sobre que descansa la buena organización de un ejército. El primero exige ciencia, genio, valor y aptitud especiales ; la segunda reclama la satisfacción de necesidades morales y materiales, distintas según el carácter de las tropas ; pide esté perfectamente previsto cuanto convenga al buen estado del ejército ; su disciplina, sus maniobras, la previsión, tanto de sus necesidades materiales, como de sus aspiraciones morales. Mas para que se completen perfectamente las mutuas relaciones que existen entre ambas, es de todo punto indispensable un intermediario, cual es la dirección inmediata de cada uno de los trabajos, representada por el Cuerpo de Estado Mayor, que, como dice *Werkleim* : « es la escuela de los generales y de los hombres de Estado. »

El servicio de este Cuerpo podemos dividirlo en dos grandes grupos : el primero comprende una serie de deberes definidos que ejecuta bajo su responsabilidad y sin orden expresa del general, pero circunscribiéndose estrictamente á sus planes ; estos deberes definidos son los que constituyen el principal servicio del Estado Mayor y están fijados por reglamentos especiales. El segundo grupo comprende otra clase de trabajos, en virtud de los cuales el Estado Mayor es meramente un instrumento del general, trabajos estos, que como la transmisión de ciertas órdenes, (por ejemplo), no reclaman cuidados directos y complementarios. En ambas clases de servicios se puede sentar como principio general, que el oficial de Estado Mayor aunque ateniéndose siempre al espíritu de las órdenes recibidas,

siendo en cierto modo su consejero y motor al mismo tiempo, es también responsable de su ejecución.

Explicar detalladamente las funciones cuyo desempeño conviene al Estado Mayor, sería seguramente tarea muy superior á nuestras fuerzas, y, además, ajena completamente al móvil que nos guía al publicar estos *Bocetos*.

Así, pues, nos concretaremos á decir que el Estado Mayor es, respecto de un ejército, lo que el vapor respecto á una locomotora : ésta puede ser de primer orden, el maquinista encargado de dirigirla puede ser muy bueno también, pero si falta la fuerza motriz del vapor, la máquina no será más que una masa inerte, muy hermosa quizás, pero completamente inútil.

Cada nueva invención aplicable á la ciencia militar encarece la necesidad de un buen Estado Mayor y el empleo del mayor número posible de oficiales pertenecientes á dicho cuerpo ; cuando se considera la gran variedad é importancia de los servicios correspondientes al Estado Mayor de un ejército en campaña, no podemos menos de admirarnos de que puedan cumplirse con entera exactitud sus múltiples deberes ; no podemos menos de juzgar que el oficial de Estado Mayor, como el poeta, debe nacer con aptitud especial para el desempeño de su encargo ; si bien siempre se podrá desarrollar esta aptitud, este talento innato, mediante una sólida educación científico-militar.

Rocquancourt, para expresar gráficamente la importancia del Cuerpo de Estado Mayor, reproduce en su muy interesante obra *Curso de Arte é Historia militares* los siguientes párrafos del Capitán *Boudel* : « ¿ Cuáles son las obligaciones de un oficial de Estado Mayor ? Ciertamente es que á veces no ennegrece la pólvora sus labios ; pero también es cierto que al amanecer se le ha visto entre las descubiertas dibujando rápidamente un croquis de las posiciones enemigas. Después, al través de una lluvia de balas, se le ha visto guiando las columnas á los puntos de ataque marcados por su general. Más tarde se le ha visto inmóvil sobre su caballo sirviendo de piquete en la formación de la línea de batalla. Ha cargado al frente de la caballería, ha preparado una emboscada, y gracias á haber él indicado la dirección probable de la retirada del enemigo, éste ha sido copado. Por la noche, el silencio sucede al bullicio, y las tropas descansan de sus fatigas ; la fuerza material duerme, pero el pensamiento vela : el General y su Estado Mayor trabajan, juntos calculan las pérdidas del día que muere y preparan los acontecimientos del que nace. Aquí un oficial de Estado Mayor apunta los hechos y los nombres de los que más se han distinguido ; allí otro dibuja un plano que servirá de guía al historiador, y un tercero combina multitud de detalles para la orden general del día siguiente, mientras que un cuarto parte al galope á comunicar verbalmente las instrucciones más reservadas ó á visitar las ambulancias y los almacenes de víveres y municiones.

« Si antes del alba, y á la luz de los ya débiles fuegos del vivac se ve ir hacia el campo enemigo á un oficial seguido de algunos jinetes ; ese oficial es uno de los del Estado Mayor, y va en busca de un desfiladero, á sondear un vado ó á explorar un bosque ; nadie presenciara sus trabajos, y correrá los mayores peligros sin lucimiento alguno ; ningún historiador recordará después sus triunfos y su heroísmo.

« Los oficiales de Estado Mayor reciben en conjunto las órdenes de su Jefe, pero las comunican en detalle. El General conoce por medio de ellos el país, los recursos y obstáculos que presenta el terreno ; gracias á los datos que le proporcionan los oficiales de Estado Mayor, el General adivina las intenciones del enemigo, y cuando llega el momento decisivo, les envía en lo más rudo del combate, á los sitios en que le impi-

»den presentarse los más altos intereses del ejército y de la nación. Tales son, en resumen, las funciones de los oficiales de Estado Mayor en todos los ejércitos modernos.»

En los anteriores párrafos se hace referencia al Estado Mayor del tiempo de Napoleón I; de entonces acá: los ferrocarriles, la telegrafía eléctrica, etc., han complicado sobremanera sus funciones, y como la circunstancia de haber nosotros vestido el uniforme de dicho Cuerpo podría dar lugar á que se conceptuara exagerado cuanto dijéramos sobre la indiscutible importancia capital de sus servicios, darémosla á conocer copiando á continuación lo que el general *Broussart*, Ministro de la Guerra del imperio alemán, dice en su libro *Servicio de Estado Mayor*. «El Estado Mayor, dice Broussart, forma la parte esencial de la organización de los ejércitos modernos. El general, colocado á la cabeza de un cuerpo de tropas, por poco numeroso que sea, no puede, sobre todo en tiempo de guerra, perderse en las cuestiones de detalle, cuyo examen, comparación y resolución razonada tienen, sin embargo, muchas veces una importancia grande. Prescindiendo de que las fuerzas físicas é intelectuales de un solo hombre no son suficientes para esta tarea, tal obligación perjudicaría seriamente á la ojeada de conjunto que este Oficial debe dirigir á cada instante sobre las tropas colocadas bajo sus órdenes. Necesita, por tanto, de auxiliares; estos auxiliares forman el Estado Mayor. Considerando la cuestión bajo otro punto de vista más íntimamente ligado con la táctica de combate de las tropas, se verá que los generales tienen absoluta necesidad de los oficiales de Estado Mayor.»

En un principio no había un cuerpo formado para llenar las misiones peculiares del Estado Mayor, sino que al iniciarse una campaña se escogían jefes y oficiales aptos entre todas las armas é institutos del ejército y con ellos se formaba el Estado Mayor, hasta que después de varias alternativas, en que tan pronto era creado como disuelto, quedó en España el Cuerpo de Estado Mayor organizado en forma permanente por Decreto del 9 de Enero de 1838, Las funciones que le están encomendadas en una campaña, no pueden ser más variadas é importantes; puede decirse que en su buen desempeño estriba el éxito de una guerra, en apoyo de lo cual podemos recordar como un oficial de Ingenieros (nada afecto á nuestro Cuerpo) dice que *un buen oficial de Estado Mayor es una adquisición que no tiene precio*.

La esfera del oficial de Estado Mayor es sumamente extensa, puesto que abarca, no tan sólo la parte sublime de la guerra, que la constituyen las combinaciones estratégicas, sino también mil y mil detalles referentes al buen orden de las operaciones. Los oficiales de este cuerpo vienen á ser los brazos del General en Jefe de un ejército, por medio de los cuales se transmite el movimiento á las diferentes y numerosas ruedas que constituyen las masas armadas. Ellos son los que deben hacer por sí ó acompañar al General en los movimientos que sea necesario practicar; ellos deben tener y conocer detalladamente no tan sólo los itinerarios, sino también la comarca en que se opere, con sus accidentes más notables ó que puedan ejercer influencia en las operaciones; ellos deben poseer todos los datos estadísticos del país teatro de la contienda, para poder juzgar con convencimiento de causa acerca de las mayores ó menores facilidades que presentará para la alimentación y albergue de los ejércitos; ellos deben levantar los croquis y planos de las batallas; ellos deben transmitir con acierto las órdenes que reciban y velar por su exacto cumplimiento; ellos deben conocer las costumbres del país en que se combata, para sacar el mayor partido posible de esta venta-

ja; ellos deben dirigir el servicio de espionaje y confidencias; ellos deben ser los consejeros y asesores del jefe de las fuerzas; y por último, deben reunir los conocimientos necesarios para poder dirigir cualquier operación, sea cualquiera el arma ó instituto del ejército que haya de llevarla á cabo.

Por todo esto se ve desde luego cuán necesario es, para que llenen bien su misión, que conozcan perfectamente las tácticas de todas las armas, y su más ventajosa manera de operar en los campos de batalla; que reúnan grandes conocimientos estadísticos y geográficos; que tengan gran penetración para comprender y transmitir con exactitud las breves, pero terminantes órdenes que se les comuniquen; buena aptitud para comprender con una rápida ojeada los accidentes todos del terreno, y una memoria privilegiada para retener con facilidad la multitud de nombres y datos que puedan serles necesarios en momentos precisos y difíciles.

Para dar una idea de la organización del Estado Mayor en campaña, diremos que el Estado Mayor General de un Ejército se divide en secciones, á cargo de Jefes del Cuerpo de Estado Mayor, quienes tienen como auxiliares Capitanes y Tenientes del Cuerpo y que los trabajos de cada sección se dividen en negociados, de la manera siguiente:

1.^a *Sección*.—Organización del Ejército en cuerpos de ejército, divisiones y brigadas.—Organización de Cuerpos.—Fuerza, reunión de estados parciales y redacción de los generales; todo lo relativo á las altas y bajas de hombres y ganado; formación de depósitos, y destino de los que los componen á los cuerpos.—Instrucción, policía interior de las tropas, y cuanto concierne á su disciplina.—Distribución del Santo, y redacción de las órdenes generales del Ejército.—Revisita de inspección de los Cuerpos de todas Armas.—Servicio de cuerpos y el personal para lo cual se forman las escalas respectivas.—Relaciones del personal de Generales, Brigadieres, Jefes y Oficiales destinados al Ejército, que no pertenezcan á Cuerpos determinados; Jefes y Oficiales de Administración y Sanidad Militar, del Cuerpo de Justicia militar y del Vicariato castrense.

2.^a *Sección*.—Subsistencias y asistencia de las tropas.—Armamento y municiones.—Vestuario, montura y equipo.—Transportes.—Hospitales.—Estadística.—Ramo de Artillería.—Ramo de Ingenieros.

3.^a *Sección*.—Parte política y diplomática.—Reunión de avisos y noticias, y partes de cuantas novedades de todo género ocurran en el campo y territorio del Ejército, en el del enemigo, y en general, en todo el país.—Topografía.—Operaciones militares.—Movimientos de tropas.—Cantones y alojamientos.—Diarios de operaciones y redacción de la historia del Ejército y de su *Boletín Oficial*.

4.^a *Sección*.—Policía del Ejército.—Bandos del General en Jefe.—Justicia militar.—Vicariato castrense.—Asuntos extraordinarios que no correspondan á la anterior clasificación de negociados.

La elección de los oficiales de Estado Mayor exige un tacto especial y un cuidado grandísimo por parte del General, si éste ha de responder de su seguridad y del buen éxito de la campaña. Los oficiales de Estado Mayor, lo mismo que los agregados á este cuerpo deben estar provistos en campaña, de un buen anteojo, un podómetro, un rodete de 50 metros, una brújula, un barómetro aneroide de bolsillo para apreciar las diferencias de nivel, una caja de pinturas, lápices de distintos colores, un tintero, un calendario indicador de las horas de orto y ocaso del sol y de la luna, y otros objetos de menor importancia los unos, y distintos á veces los otros, según la comisión especial que se les confíe en ciertos y determinados casos.

Cuando viaje, debe acostumbrarse á observar la disposición particular del terreno, los productos vegetales, etc.; y asimismo debe acostumbrarse á calcular la velocidad y longitud de su paso ordinario, el número de los postes telegráficos que haya por kilómetro, asegurándose de la distancia que los separa, etc. Debe dedicar también á este trabajo cualquier rato que sus ocupaciones le dejen libre, aprovechando también sus paseos si es necesario, sin darse por satisfecho por mucha práctica que adquiera, porque el tiempo y la distancia son los dos factores integrantes que más principalmente influyen en la combinación de los movimientos militares.

Los oficiales de Estado mayor deben hablar y escribir en nombre de su General la mayor parte de las veces que tengan que dar alguna orden, sin olvidar que no tienen facultad alguna para conceder por sí ningún permiso. En sus relaciones con los oficiales de mayor graduación, lo mismo que al transmitir órdenes verbales, deben conducirse con la más exquisita urbanidad, considerándose sólo como instrumentos de su General, y teniendo siempre presente que no hay nada tan desagradable para oficiales ya veteranos, como verse mandados en cierto modo por otros más jóvenes que ellos y que cuenten menos años de servicios. Además deben ser muy reservados, sobre todo con aquellos que conozcan procuran saber con anticipación los movimientos de las tropas, pero su reserva no debe ser descortés en modo alguno, si bien se circunscribirá á contestar á las preguntas que sobre este particular se les dirijan con frases que no expresen nada en último resultado, y en cambio convenzan á los demás de que están muy al corriente de cuanto ocurre.

El servicio de Estado Mayor en campaña se puede compendiar de la siguiente manera: Elección de posiciones.—Vigilancia del servicio avanzado.—Descubiertas y Reconocimientos.—Establecimientos de campamentos, vivacs y cantones.—Dirección de las marchas.—Emplazamiento de parques y baterías.—Reparación y alineación de los caminos.—Levantamiento de planos.—Elección de los puntos en que convenga construir puentes ó establecer ambulancias y depósitos de municiones ó víveres.—Investigación de noticias relativas á las fuerzas y movimientos del enemigo, y, por último el servicio propio del campo de batalla.

Los oficiales de Estado Mayor desde que empieza el combate, estarán al lado del General para recibir y comunicar sus órdenes y desempeñar las comisiones que éstos quisieran confiarles; deben dirigir sus anteojos en todas direcciones y dar cuenta á su inmediato Jefe de cuanto observen digno de su atención; cada uno de ellos debe apuntar cuanto notable ocurra, así como la hora en que se hizo el primer disparo de fusil ó de cañón, la en que se resolvió ejecutar cualquier movimiento de cierta importancia y la de su ejecución.

Un oficial de Estado Mayor debe más que ningún otro mostrar durante toda la acción una sangre fría inalterable, debe dar las órdenes verbales con perfecta tranquilidad; siempre debe mostrarse risueño é indiferente, como si se tratara de un enemigo supuesto, como si estuviera en un simulacro. El oficial que á la carrera y sobresaltado lleva una orden cualquiera á una columna, la expone fácilmente á que el desaliento y la confusión cundan en sus filas ante la idea de un peligro real ó imaginario; mientras que un oficial que recorre el campo de batalla, tranquilo y sonriente, dando las órdenes con precisión, sin alterarse lo más mínimo y que hasta saluda al paso á los amigos que tenga en las columnas, inspirando completa seguridad de la victoria, enardece el espíritu del soldado ó le reanima si algún revés lo ha enervado; porque la llegada de un oficial de Estado Mayor, siempre inspira vivo interés á la tropa, pues todos adivinan que trae noticias

seguras y exactas del combate ya empeñado á la orden de cargar, y suponiéndole todos enterado de cuanto de particular ocurre, en su cara, en sus ademanes y en su modo de hablar, quieren leer la suerte feliz ó desgraciada que les espera. Por esta razón, tanto á la vista como en medio de las columnas, por muy sobre sí que esté el oficial de Estado Mayor, nunca lo estará todo lo necesario.

Después de la batalla, el Estado Mayor dirige la reorganización de los cuerpos que más hayan sufrido en ella; marca el sitio conveniente para enterrar los muertos; vigila el servicio de Sanidad; se ocupa de los víveres y del destino que convenga dar á las armas y demás efectos de guerra cogidos al enemigo, é igualmente de la relación de los que pertenecientes á sus tropas, se hayan perdido ó inutilizado; se ocupa también de los prisioneros y de su envío, bien escoltados, al punto que determine el general; cuidará de que se respete la propiedad personal de los prisioneros, sin olvidarse del buen trato que se les debe dispensar, y dispondrá también la vuelta de las fuerzas que hubieran sido destacadas accidentalmente y de las enviadas en persecución del enemigo.

Durante los sitios de las plazas fuertes, hará el Jefe de Estado Mayor General, que sus oficiales visiten con frecuencia las trincheras, para asegurarse si su servicio se cubre con entera exactitud y estricta sujeción á sus órdenes, y cuidar de que cada uno ocupe su puesto, de que se adelanten lo más posible los trabajos, de que no falten las municiones ni los útiles necesarios para los de zapa, de que estén bien organizadas las ambulancias, etc., etc.; mas sin dejar de visitarlo todo por sí mismo de cuando en cuando y á distintas horas, á medida que avance el sitio, á fin de darse exacta cuenta del estado en que se encuentre todo.

El General tiene á sus inmediatas órdenes, además de los oficiales de Estado Mayor, otros varios de distintas armas y á quienes podríamos considerar, en cierto modo, pertenecientes también á dicho Cuerpo, aunque sólo sea en concepto de agregados á él; estos oficiales son los Ayudantes de Campo, cuyas funciones son tan delicadas como difíciles de cumplir, puesto que gozando de la confianza del General, é iniciados en todos sus proyectos deben comprenderlos perfectamente, obrar siempre con arreglo á ellos, y sobre todo ser extremadamente discretos. Sus deberes particulares estriban en el conocimiento detallado de la situación de los distintos cuerpos que compongan la división á que pertenezcan; el de los nombres de los jefes: el de los caminos y posiciones importantes y el de los distintos órdenes de combate. Durante la acción deben observar detenidamente las maniobras del enemigo para llamar la atención del General si notaban algo digno de su conocimiento. Su principal oficio es el de transmitir órdenes, pero nunca como si fuera una máquina, pues como una orden mal dada ó mal interpretada puede ocasionar los peores resultados, el Ayudante no sólo debe recordarla al pie de la letra sino que también debe hacerse cargo de la intención de su General al dársela; debe asimismo cuidar de su buena ejecución y si comprende que ésta no corresponde á la idea que la ha inspirado, debe tener suficiente tacto para modificarla y el ánimo necesario para asumir la responsabilidad que tal modificación tiene que llevar consigo; no obstante, siempre que tenga tiempo para ello, deberá volver grupas y dar cuenta á su General de su parecer y de los motivos en que éste se funda, cuando no juzgue conveniente la ejecución de cualquier orden, pidiéndole al propio tiempo nuevas instrucciones.

REYNALDO BREA

FAMILIA DE HÉROES



N los primeros días del mes de Junio de 1875, cuando el ejército liberal ponía su mayor empeño en romper

las líneas carlistas del Norte, por tanto tiempo sostenidas, y el valle de Mena se hallaba invadido por aquél, amagando forzar la de Valmaseda, á cuyo efecto se habían fortificado en Mercadillo,

Menamayor, Carrasquedo y Medianas, parte de las fuerzas reales defendían su avance, ocupando como punto céntrico á Viérgol, donde improvisaron un campamento atrincherado, á tiro de fusil del enemigo.

Noche era por cierto hermosa y apacible, en que los alertas de los centinelas de uno y otro campo se dejaban oír sin interrupción, y cualquiera hubiese dicho que ambos respondían á la consigna de un mismo cuerpo de ejército. En medio de la oscuridad de hora bastante avanzada, y guardando el más cauteloso silencio, se desliza por tortuosa y extraviada vereda un pequeño grupo, compuesto de una señora de edad, un joven de 17 años y un hombre que, provisto de un mulo, servía de guía á los primeros: de repente la voz



de ¡alto! ¿quién vive? dada por un centinela, les queda clavados en tierra, y nada son ya las fatigas de una larga y penosa expedición por tan accidentados caminos ante la súbita impresión de aquel tropiezo inesperado; emocionados y aturdidos por el temor de haber caído en medio de los liberales, se dejan echar el segundo ¡alto! y al tercer ¿quién vive? contesta medio ahogado el guía: ¡Paisanos! Era el momento mismo en que la ronda mayor del Batallón acantonado en Viérgol recorría las avanzadas, y sufría el reconocimiento de éstas, así que, sin necesidad de acudir al cuerpo de las

mismas, el Ayudante del Batallón adelantóse con unos números y su cabo, y él mismo dió la voz de ordenanza de «avance uno á ser reconocido;» las vibraciones de esta voz son una descarga eléctrica que conmueve el agitado pecho de aquella señora, haciendo estremecer todo su sér; aquella voz, á pesar de ir revestida de la gravedad, dureza y tono seco del soldado, no la es desconocida, y cediendo la duda al deseo, antes que el paisano diera un paso, esfuerza su acento y pregunta: ¿No está por aquí el 5.º Batallón de Castilla? esta fué otra descarga con respecto al Ayudante, que á su vez reconoce aquellos ecos: se domina, sin embargo, y contesta afirmativamente; una segunda pregunta se precipita interrogando si conoce á los Barcenillas; y al responder conozco, sí, también, á la madre que los busca, un agudo grito de alegría se escapa de su seno; ¡Hijo! y del Ayudante ¡Madre! y ambos corren á abrazarse, al par que el joven se une á ellos formando un apretado haz que deja extasiados y conmovidos á los concurrentes.

Esta era una madre, heroína de la causa de Dios, Patria y Rey, madre que, después de aprestar á sus hijos con providencial esmero y abnegación al sacrificio, proveyéndoles de ropas y armamentos, y verlos caminar con pena sí, por ser sus hijos, pero con gozo por verlos soldados de la Religión y del Rey, separarse uno á uno de su regazo y partir á la lucha; después de alentarlos y consolarlos en las prisiones, socorrerlos y ampararlos en la evasión de las apartadas regiones do fueron deportados, de aceptar la viudez antes que su esposo fuera objeto de una represalia, desterrada y todo, sin más amparo que el último hijo tierno de 17 años, se dispone orgullosa á consumir el último sacrificio, y, despreciando los riesgos y peligros de un largo y penoso camino elude Palencia; toma á su hijo, de incógnito, y ella misma le enseña el campo del honor, donde el verdadero cristiano debe pelear hasta morir por reconquistar la libertad de la Iglesia y restauración de la legítima y católica dinastía que ampare la paz espiritual y material de la Nación.

Edificante y conmovedor era, al día siguiente, el cuadro que presentaba esta familia, que en más de dos años no se había podido reunir: se ve á la esforzada castellana al lado de su esposo y rodeada de sus cuatro hijos, convertidos ya en aguerridos veteranos, oficiales todos en el Batallón Cazadores de Palencia 5.º de Castilla, su patria, quienes aun sabedores en los primeros momentos de tan inesperada como fausta nueva, se imponen la privación de abrazar á su madre hasta que al día siguiente fueron relevados en sus puestos de servicio, uno de ellos Teniente Comandante de la 6.ª compañía que ocupaba las avanzadas donde precisamente ocurrió el encuentro de la noche anterior....

Apenas pasaron unos días, y previendo un ataque á las posiciones enemigas y á fin de evitar á su anciana madre el triste y doloroso espectáculo de las fiestas de la guerra, pretextaron la venida de Don Carlos á Orduña y se despiden de tan querido huésped, disponiendo que el día 20 al amanecer parta su padre con

ella y el nuevo voluntario, y así tendría ocasión de conocer al Augusto Jefe, á la vez que la honra de ofrecer por sí misma el último y más preciado testimonio de adhesión y homenaje.

No habría de ser menos llena de emociones la partida cual fué la llegada. Apenas se pusieron en marcha y cuando aun no habían andado cuatro ó cinco kilómetros, un ruido extraño parecido al de un continuado trueno invadió el espacio: sabedor el padre del proyectado ataque, hubo de apelar á toda su argucia para calmar la aflicción de su esposa, que fijándose en el punto donde, cada vez más claras, se acentuaban las detonaciones, no dejó de revelar el presentimiento de que sus hijos estarían tal vez envueltos en la lucha fratricida. No se equivocaba la infeliz; al romper el alba, uno de ellos, avanzando sobre la línea contraria, despierta al enemigo con los saludos de sus fusiles, no

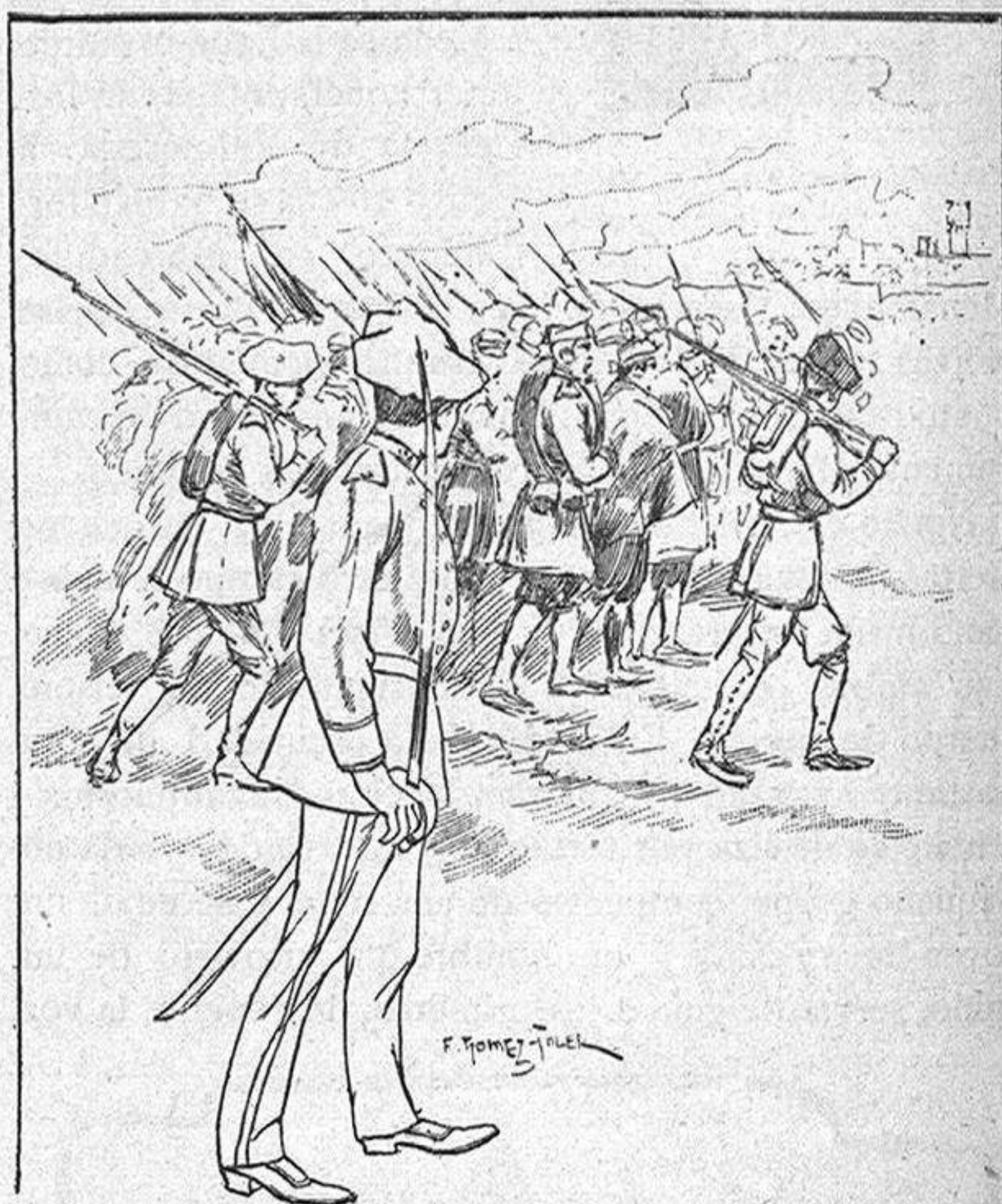


tardando éste en tomar posiciones y contestar con no menos resolución y denuedo: ambos campos se ponen en movimiento y en breve las baterías liberales comienzan á escupir granadas que rasgan el espacio y amedrentan con sus estampidos. No cabe duda, se decía la pobre señora, el Batallón está en fuego: me habéis engañado; y mis hijos queridos de mi alma, tal vez heridos ó moribundos sobre el campo de batalla; estén repitiendo el ¡adiós! que no há muchas horas me dieron, y sea el adiós de la eternidad: quiero, quiero volver; pues si en apurados trances Dios me dió fuerzas para acompañarlos y ayudarlos, no me las negará en éste, el más angustioso, y á mis hijos les cabrá el consuelo que aun en tan supremo peligro su madre veló por ellos. Entre tanto el vehículo iba prolongando la distancia, haciendo cada vez menos perceptible el ruido del ataque.

Tan pronto como llegan á Orduña, es ya pública la acción empeñada, y, según los partes recibidos, el

5.º de Castilla lleva la peor parte, habiendo quedado casi en cuadro: suspiros, sobresaltos y lágrimas fueron las expansiones de aquel corazón, partido con tan bruscas emociones experimentadas aquel día; sin embargo, esto no la hace desistir de su proyecto, y con ánimo resuelto presenta al R. el 4.º hijo, único amparo que le quedaba, el que fué destinado por Don Carlos, con la gracia de Cadete, al mismo Batallón de su padre y hermanos.

La Providencia, indudablemente, escuchó las fervorosas plegarias que aquella afligida madre elevó al Cielo por sus hijos y la Causa que defendían; al caer la tarde se anuncia victoria completa, y llena de amarga ansiedad, tiene la satisfacción y la gloria, porque á ella también la tocaba, de ver entrar bien escoltados, á 180 prisioneros del gobierno, hechos por el Batallón de Palencia, y la dicha de saber que sus hijos han salido

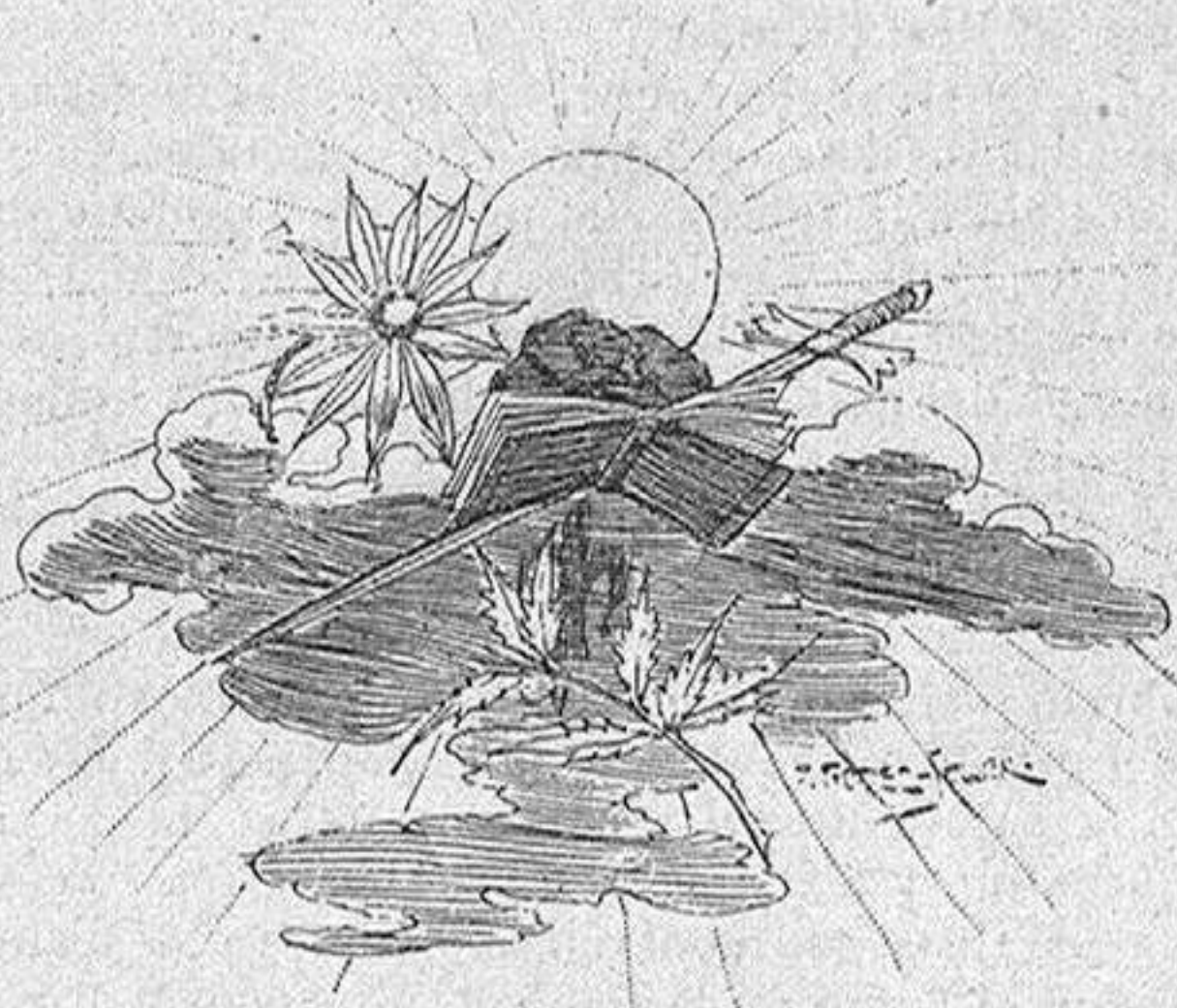


ilesos del combate. Aún fueron partícipes de la victoria padre é hijo, cuando al día siguiente, después de despedir á su madre para Castilla, se incorporaron al Batallón, proveyéndose el Cadete, sobre el mismo campo de acción, de algunos trofeos con que formar su equipo. El enemigo, en doble número que los carlistas, despojado de sus primeras posiciones, arrollado y asaltado en Carrasquedo y Medianas, dejó en poder de las fuerzas Reales los mencionados 180 prisioneros con cinco oficiales y un comandante, un número considerable de heridos que fueron trasportados al hospital de Valmaseda, más de 200 fusiles, una brigada completa con siete mulos, dos mulos, un cañón y la cureña de éste, un magnífico botiquín é infinidad de efectos y provisiones con que se equipó perfectamente el 5.º Batallón de Castilla, y un bonito caballo que ocupó el Ayudante á uno de los Jefes y que substituyó al suyo, ya inservible.

En Mayo de 1876 regresó esta familia de la emigra-

ción, y hoy, gracias al Cielo, se encuentran los cinco individuos de la misma sanos y buenos saboreando con la mayor gloria sus trabajos y sufrimientos, lamentando los desastres de esta desventurada Patria entregada á manos de sicarios y bandidos, y esperando confiados en que ha de tornar la hora de exigir la última y decisiva prueba de los buenos y leales soldados de Cristo y del Rey.

X.



CATÁLOGO

DE LOS TROFEOS DE GUERRA DEPOSITADOS EN EL
CUARTO DE BANDERAS DEL PALACIO LOREDÁN

(Continuación)

9. F.—Bandera del Batallón Rey Don Juan, 6.º de la División de Navarra.

Se encontró en las batallas de Mañeru, Montejurra, Castro-Urdiales, Somorrostro y Lácar.

De seda, en colores nacionales; en el anverso y centro, la imagen del Señor, surmontada de las palabras latinas: «Parate viam Domini,» y del lema: «Dios, Patria y Rey,» y debajo la inscripción: «Viva Carlos VII;» en el reverso y centro, el Escudo de Armas de España, surmontado de la inscripción: «Batallón del Rey Don Juan,» y debajo: «6.º de Navarra.»

10.—Bandera de lana en colores nacionales, cogida al enemigo en el fuerte de Estella al rendirse, por capitulación, á las fuerzas realistas el día 24 de Agosto de 1873.

11.—Estandarte del Regimiento Caballería de Borbón de la División de Navarra.

Prestó grandes servicios durante toda la campaña de 1873 á 1876, distinguiéndose muy particularmente en la batalla de Lácar.

De seda en colores nacionales: en el anverso y reverso un escudo de armas de España con el lema debajo de él, «Dios, Patria y Rey,» con dos Corazones bordados en oro, por ambos lados en la parte superior é inferior del escudo.

12. G.—Bandera del Batallón de Guernica, 1.º de la División de Vizcaya.

Se batió en Montejurra, Castro-Urdiales, Mercadillo y Villaverde de Trucios.

De seda blanca; en el anverso y centro la imagen de la Purísima, surmontada del lema, «Protectora de las armas del Rey Nuestro Señor.» En el reverso y centro el escudo de armas de Vizcaya, debajo del cual están la letra y número «C. y 7.º,»

entrelazados, y la inscripción en seda azul de «Batallón de Guernica.»

13. H.—Bandera del Batallón de Marquina, 3.º de la División de Vizcaya.

Somorrostro y Mercadillo son, entre otras, las principales batallas á que ha concurrido; se halla manchada en sangre de los valientes que al combate la llevaron.

De seda en colores nacionales: en el anverso y centro la imagen de la Purísima, surmontada del lema: «Dios, Patria y Rey,» y bajo de ésta: «Y Fueros;» á los pies de la Virgen la inscripción latina: «Mater Dei ora pro nobis,» con cuatro flores de lis de oro en sus ángulos; en el reverso y centro un escudo de armas de Vizcaya, surmontado de la inscripción: «Batallón de Marquina,» y debajo la de: «3.º de Vizcaya.»

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Episodio de las batallas de Somorrostro

(lámina suelta)

Es copia de uno de los preciosísimos lienzos que adornan los salones del Palacio Loredán, y que son debidos al pincel del insigne Estévan, que tan bien ha sabido representar la batalla de Lácar, que ya conocen nuestros abonados.

Puente de Isabel II en Bilbao

(lámina suelta)

Consecuentes con nuestro propósito de que sean conocidas las principales fotografías tomadas durante el último sitio de aquella importante villa, ofrecemos hoy copia de la perspectiva que presentaba el citado puente en el primer día del bombardeo.

D. Teodoro Rada (Radica)

(pág. 129)

No era, como decían los periódicos liberales, un oscuro albañil de Tafalla; era un hombre instruído, de regular posición y familia que había hecho los estudios de maestro de obras y vivía de su trabajo.

Casi niño tomó las armas, sirviendo de cadete algunos meses á la conclusión de la guerra de los siete años.

Cuando la revolución septembrina puso á los carlistas en camino de tomar las armas, Rada sintiendo bullir su genio belicoso, reclutó prosélitos y se lanzó á campaña en la primavera de 1872.

Militar por carácter y por afición, en vez de ir solo y campar por sus respetos, Rada, se unió á su jefe D. Nicolás Olló, y procurando convertir su partida en un batallón en toda regla, para ello estudió táctica, ordenanza y organización militar, aplicándola á sus subordinados. Durante las marchas, aprovechaba el tiempo leyendo libros de índole puramente militar. El aspecto de Rada atraía, la gracia y viveza de su conversación arrastraba, y la franqueza y decisión de su carácter contribuían á despertar el entusiasmo ardoroso que por él sentían los navarros. No es, pues, de extrañar el dolor que sobrevino á sus subordinados al saber la infausta nueva de su herida. Al hospital de Santurce fué transportada la camilla que llevaba el mal herido cuerpo del valeroso Radica, rodeada de muchos navarros.

El día 30 de Mayo de 1874, después de examinar el pedazo de hierro que le había herido, perteneciente á granada del sistema Plasencia ó Krupp; hizo le fueran leídos unos párrafos del número de *La Epoca* en que aquel estaba envuelto y en donde se hacían elogios de su legendario valor.

La mañana del 31 pasó sin novedad, pero poco antes del mediodía, encargó á uno de los oficiales que lo cuidaban llamar al cura del segundo batallón de Navarra, y á las cuatro y media de la tarde expiró cristianamente. Largos de relatar serían sus hechos heroicos. *El Iruracbat*, periódico anticarlista, que se publicaba en Bilbao durante el sitio, decía el 7 de Abril de aquel año:

«La impetuosidad y sorprendente bravura en la pelea de Radica se habían hecho legendarias.

Las cargas á la bayoneta que sus soldados daban, no hay batallones en el mundo que las pudieran contener.»

Don Carlos concedió á D. Teodoro Rada el empleo de Mariscal de campo.

Croquis

(pág. 132)

Véase el artículo «Recuerdos militares.»

Familia Barcenilla

(pág. 133)

En su centro figura el entusiasta como consecuente padre, Capitán D. Fabrián, Comandante de armas por algún tiempo en Orduña y posteriormente encargado del almacén del Batallón; á su espalda, sobre la derecha, tiene á su hijo mayor Don Andrés, Capitán Ayudante; á su izquierda, el segundo D. Venancio, Capitán también, y Comandante de la 6.^a compañía, figurando entre estos dos el tercero, Teniente D. Isaac, y sentado á su izquierda tiene al hijo menor, Alférez D. Arnaldo, sobre el que está recostado un íntimo de la familia que no es otro que el valiente Oficial Maté.

Por el episodio del presente número se harán cargo nuestros lectores, de la sublime abnegación de la familia Barcenilla.

Palacio Loredán

Oratorio.

(págs. 136-137)

El arte religioso en el Palacio Loredán absorbe las miradas del espectador, infiltrando en su espíritu los más cristianos sentimientos.

Los dos grabados de hoy son del Oratorio, uno de perspectiva lateral y otro del altar, en cuyo centro se destaca una riquísima estatua de la Virgen del Pilar y á sus dos lados, San Fernando y San Hermenegildo.

Familia de héroes

Episodio.

(págs. 141-143)

El conocido dibujante Sr. Gómez Soler ha ilustrado los rasgos más salientes del presente episodio, todo él lleno de conmovedoras escenas que patentizan una vez más que en la gran Comunion carlista encuentra el heroísmo condiciones á propósito para florecer.

BIBLIOGRAFIA

LA POLÍTICA DEL REY es el llamativo título de un folleto que acaba de dar á luz el Sr. D. José de Liñán y de Eguizábal.

Bien hallado es el nombre, si se atiende al asunto en el fascículo desarrollado, y que ha sido, y siendo está aún, objeto de animada controversia entre varios carlistas que creen ver en ciertas frases del autor agresión injustificada, aunque colectiva, á la raza de los Borbones.

Hemos leído detenidamente la producción del ilustrado Director de *El Vasco*, y aunque sin competencia para juzgar de los trabajos del erudito escritor bizcaíno, vamos á emitir en breves frases nuestra opinión tan franca como leal.

Ni aceptamos *ad pedem litterae* las frases todas del Sr. Liñán al referirse incidentalmente á los Borbones, pues así tomadas presentarían á esa egregia raza como á predestinada por Dios para en nada acertar, ni juzgamos fundados los temores de los que estiman como ofensa consciente á una Familia lo que ha sido expresión apasionada y que se deslizó, sin duda, involuntariamente, de la pluma del autor, que es el primero en reconocer los servicios inmensos que la Religión y la Patria deben á la augusta familia de Anjou.

¡Que los Borbones han cometido errores é incurrido en desaciertos! ¡Que los cometió, y no pequeños, la Casa de Austria! ¿Quién lo duda? Mas no cabe olvidar que toda obra humana es defectuosa, y que esos mismos yerros patentizan las miras providenciales del Supremo Hacedor, que no consentirá jamás que el más alto de los mortales se vanaglorie de pertenecer á una familia de seres impecables é infalibles.

No ha podido olvidar, sin duda, el Sr. Liñán, y tampoco nosotros se la perdonamos al Rey Carlos III, la expulsión de la ínclita Orden de la Compañía de Jesús; hijos del nobilísimo solar catalán, nos duele en el alma que arranque del primer Borbón español la pérdida de nuestras franquicias y liberta-

des; pero estimando en su íntegro y absoluto valor el principio de legitimidad que todos sabemos descansa hoy en el Jefe augusto de la Familia Borbón, por el cual no una, sino mil veces, daremos gustosamente vida é intereses, y constándonos de un modo indubitable que el excelso Monarca apoya los principios de su derecho en la Iglesia de Cristo y en el amor á sus pueblos, y por ende en sus libertades, y no olvidando, pues grabadas están en nuestra mente tan hermosas palabras, que el Rey ha dicho, y el Rey no miente: que *El no dará un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo*, y que devolverá á Cataluña, como Rey, lo que Felipe V, también como Rey, la quitó; por esto es que somos realistas, pero realistas del único Rey que ha ofrecido cumplir y cumplirá, no lo dudamos, su Real promesa.

Católicos y españoles, muy bien podemos dispensar á la Casa de Austria los desaciertos por ella cometidos, en gracia á la gloria que dió á la Iglesia y al prestigio y poderío que recabó para nuestra Patria, y sentirnos, por tanto, orgullosos de que en la cronología de los Reyes de España figuren los inmortales nombres del gran Carlos I y del justiciero Felipe II.

¡Hermosa doctrina la desarrollada en el folleto del Sr. Liñán! ¡Y cuán bien se complace con la franqueza cristiana con que el súbdito leal debe hablar á su Soberano! Mas... algunas frases, tal vez tres solas palabras, que á juicio de algunos sobran, dieron ocasión á que otros vasallos no menos celosos del prestigio Real que el Sr. Liñán, pero muy susceptibles cuando de su Monarca y Señor se trata, se hayan alarmado, pues juzgaron, y no sin razón, que en estos tiempos de vacilaciones realistas, de monarquismos tibios y de lealtades encañadas en el fango de la traición, no conviene dar pie al adversario, para que combata el principio esencial de la autoridad y del orden.

Por lo que á nosotros hace, si es verdad que no se nos pasaron por alto las frases en cuestión, no las juzgamos pecaminosas por ser de un escritor al que juzgamos, sí, vehemente en el concebir, pero tan de buena intención, de criterio tan bien basado y de rectitud de miras tan absoluta, que gustosos trocaríamos nuestra pluma por la suya, si á la par que con ella nos pudiéramos hacer con los profundos y atildados conceptos que brotan de la misma, cuando es movida por la mano de nuestro amigo del corazón, al cual, desde estas columnas enviamos un abrazo y una humilde súplica de perdón, si acaso creyere nos hemos excedido en el juicio rápido, pero muy cariñoso, que de su última producción nos hemos permitido hacer.

F. DE P. O.

El **Almanaque** de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA ha obtenido un éxito sorprendente. Entre los muchos y calurosos elogios que le está dedicando la Prensa, merece ser conocido de nuestros lectores el del excelente semanario de Valencia, *El Centro*, cuyos párrafos transcribimos á continuación, agradecidos á las frases tan lisonjeras como de verdadera amistad que se nos dedican.

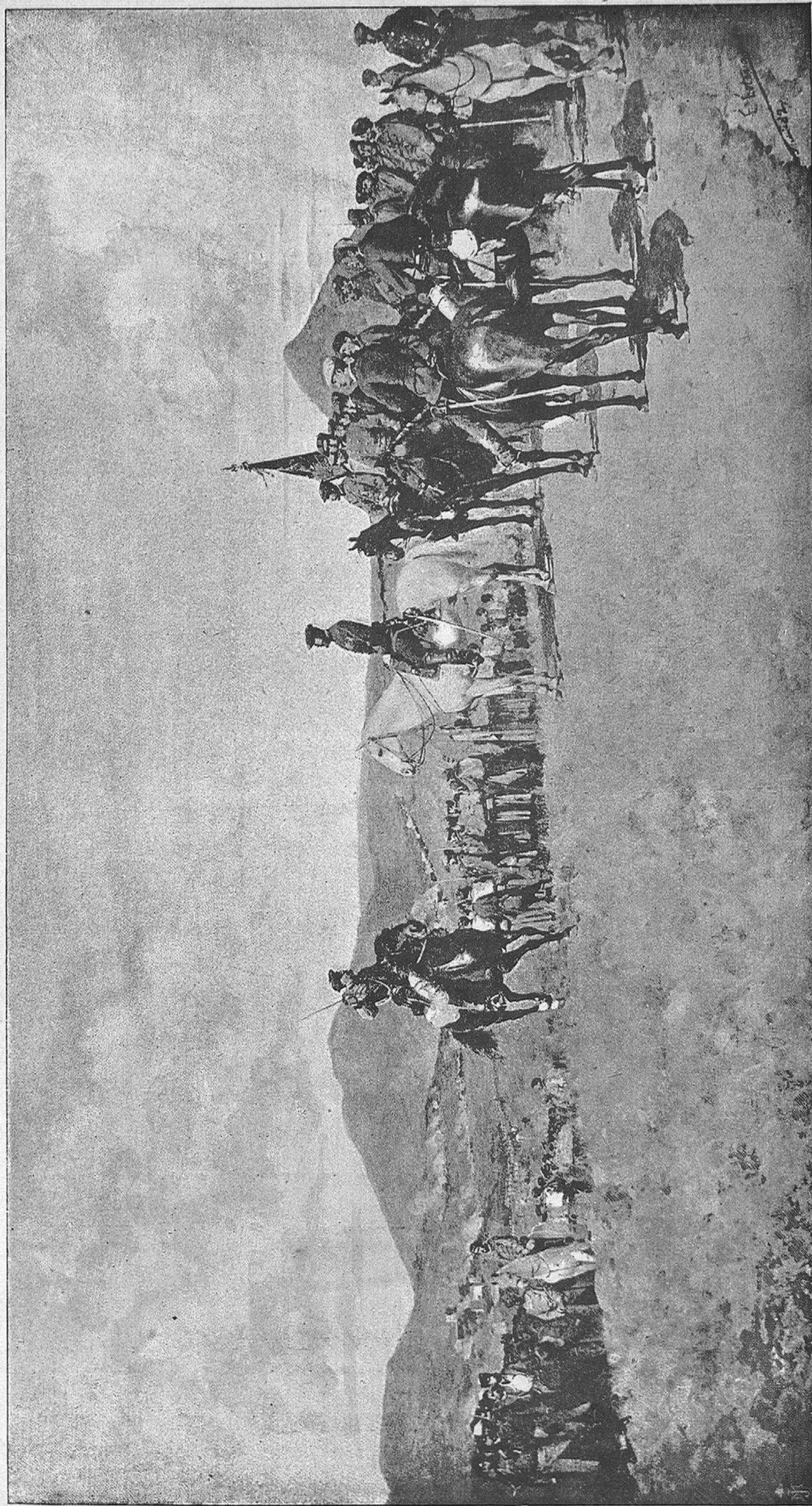
«El Almanaque de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA es, sin duda el mejor de los que hasta hoy se han publicado. Contiene interesantes episodios, excelentes poesías, graciosos cantares, acerados epigramas, cuentos chistosísimos, pensamientos profundos, y, en una palabra, toda clase de trabajos en prosa y en verso de los que acostumbra publicarse en almanques de esta índole. Entre las trabajos literarios, aparecen intercalados hermosos grabados de la familia de Don Carlos y de Doña Blanca y su esposo y graciosas caricaturas que no dejan nada que desear. Para que nuestros lectores puedan juzgar del mérito de este Almanaque, en otro lugar del periódico publicamos una hermosa poesía que lleva por título «La única solución» y un interesante episodio que será leído con gusto por todos nuestros suscriptores.

«Mucho pudiéramos decir en elogio del Almanaque de la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA de Barcelona, fundada por nuestro queridísimo amigo y compañero el ilustrado y valiente propagandista catalán D. Francisco de P. Oller, pero no disponemos de tiempo y con hartos sentimientos nuestro, nos damos hoy por satisfechos con transcribir fielmente la poesía y episodio que mencionamos en el párrafo anterior.»

A pesar de haberse hecho una gran tirada de ejemplares, son poquitos los que quedan y esto hace augurar que muy en breve se habrá agotado por completo la edición.

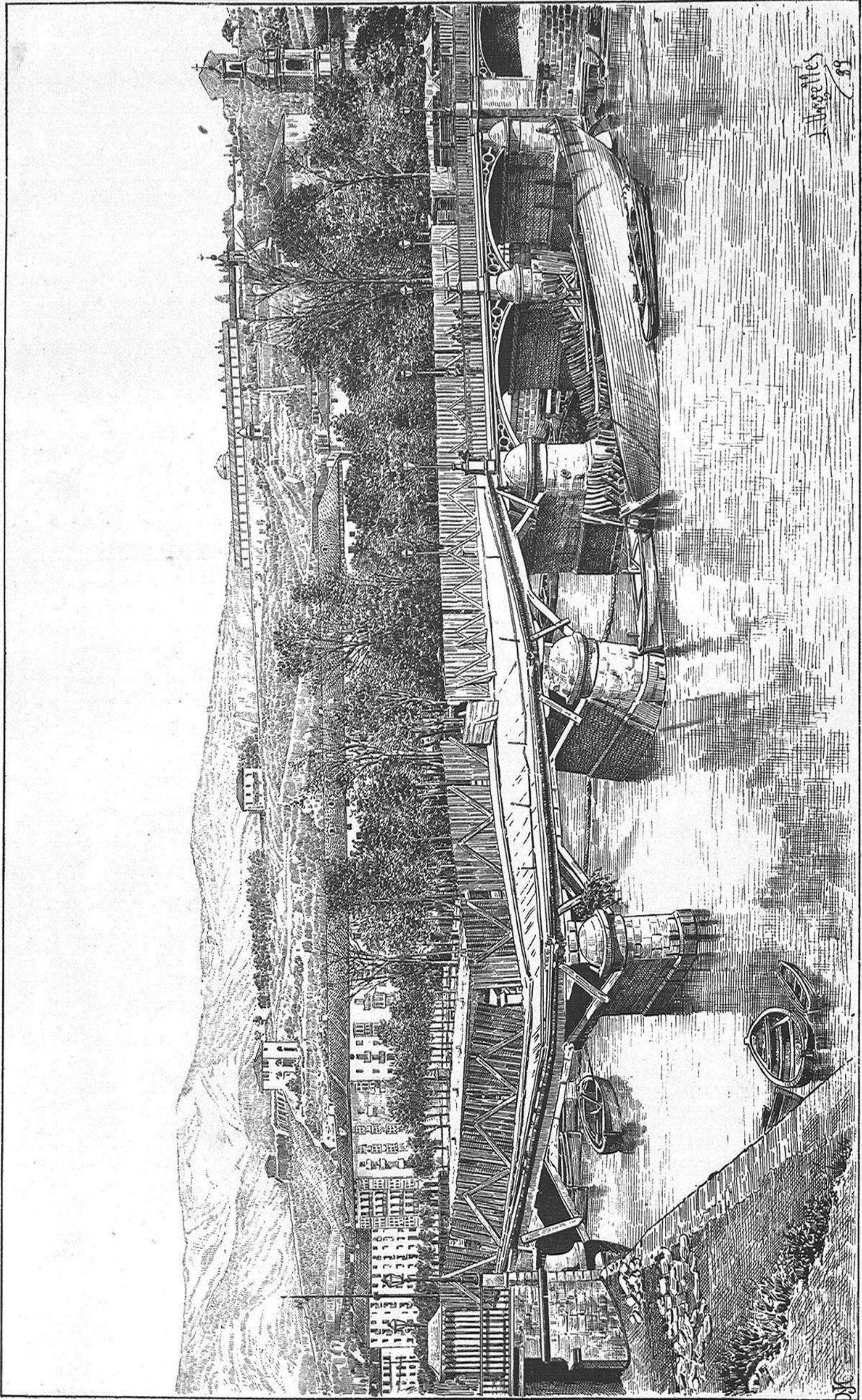
Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

EL ESTANDARTE REAL



EPISODIO DE LAS BATALLAS DE SOMORROSTRO, (25, 26 y 27 de Marzo 1874)—CUADRO AL ÓLEO POR E. ESTÉVAN

EL ESTANDARTE REAL



SITIO DE BILBAO EN 1874.—PUENTE DE ISABEL II

